

DOMINGO XXIII DURANTE EL AÑO (C)
Homilía del P. Joan M. Mayol, rector del Santuario de Santa María de Montserrat
4 de septiembre de 2016
Lc 14, 25-33

Hermanos y amigos: A lo largo de este camino que para los cristianos es el año litúrgico, hoy el fondo de la cuestión que el Señor plantea a los discípulos y a toda la gente es la de ser o no ser discípulo. De hecho el evangelio se dirige a todos, sobre todo los que no son discípulos de Jesús; a ellos va dirigida en primer lugar la palabra. Y Jesús os invita a no mirarlo simplemente como un gran personaje; quiere llegar al corazón de todos aquellos que simpatizáis con las cosas de la fe pero no sentís aun comprometido vuestro amor con ella. Y os dice claramente: quien no es capaz de dejarlo todo no puede poseer el todo de la vida que es el amor incondicional. La experiencia cristiana del evangelio de Jesús es semejante a aquellos globo aerostático que pueden verse y admirar pero, hasta que un no se sube a ellos y corta todas las cuerdas que lo atan al suelo, no puede despegar.

Las palabras dirigidas a los admiradores de Jesús también nos sirven a los que conscientemente queremos ser discípulos de Él. La pregunta para nosotros sería: ¿Es esta la experiencia cristiana que queríamos cuando abrazamos conscientemente la fe? ¿Es el mensaje de Jesús el impulso de nuestra calidad de vida? ¿Su palabra nos anima a dar lo mejor de nosotros mismos, o quizás nuestra fe decae demasiado a menudo como medio dormida en la butaca de un cine ante una película en blanco y negro mal subtitulada?

La finalidad de ser discípulo, ante todo, es aprender. Quien ya cree saberlo todo no puede ser discípulo; quien siempre debe tener la última palabra nunca podrá sentir la respuesta de ser amado con libertad; el que cree tener siempre la razón las razones del Maestro siempre le parecerán banales si no coinciden con las suyas. Ser discípulo de Jesús no es aprender sólo el contenido de sus catequesis, sino compartir la propia vida con Él. Es un "estar con Él y Él en mí, y Él y yo con todos vosotros".

El Reino de Dios que Jesús anuncia es para los que están dispuestos a nacer de nuevo, a tener un corazón limpio como los niños, pero no es un juego de niños. Pide cordura para construir y sabiduría para luchar. Jesús utiliza la doble comparación del constructor de una torre y de un rey que debe hacer frente en una batalla donde él se encuentra en inferioridad. La torre nos recuerda la solidez y la fortaleza interior que deben ir construyendo los discípulos de Jesús, calculando las fuerzas para que el esfuerzo, a su vez, consiga los frutos deseados.

La comparación del ejército en la batalla encaja bien con la realidad siempre difícil de la vida, porque el estilo de vida de Jesús siempre irá contracorriente. El Reino del dinero es el doble de fuerte que el reino de Dios, porque el dinero compra y vende a sus adoradores. El reino de Dios sólo cuenta con la realidad de la cruz que comparte con todo el mundo y con la sabiduría de Dios que tiene en el amor la clave del sentido humanizador de la vida presente y la razón última de su eternidad, por eso los discípulos de Jesús deben sentirse capaces, aunque en número estén en inferioridad, de enfrentarse a este reino del dinero, tan fuerte pero a la vez tan frágil, ya que con el afán de poder se olvida del alma de su engranaje que son las personas. Como hemos oído en la carta de San Pablo a Filemón, nadie es dueño ni esclavo de nadie; en Cristo no sólo somos ciudadanos, somos hermanos de todos los hombres y mujeres del mundo. Esta es la elección de Jesús reafirmada en su renuncia en la cruz.

La vida siempre es escoger. Elegir ya es renunciar a lo que no se ha escogido, pero renunciar sabiamente, decir no a lo que es contrario al sí por la vida que Jesús quiere compartir plenamente con nosotros. Jesús pide renunciar a todo por el Evangelio, nos ofrece escoger la parte mejor de la vida que tiene su centro en el amor que Dios garantiza con el Misterio Pascual. Por eso decir sí a Jesucristo es decir no a todo lo que no es libertad sea en el ámbito social, familiar o personal. Jesús nos llama a compartir de verdad su evangelio que se compromete en el bien de todos los hombres, que nos alerta una vez más a todos a no vivir de apariencias, de ser antes que exhibir eslóganes o pregonar sentencias, porque de lo contrario las manifestaciones públicas podrían ser

más la evidencia de un fraude que la de un testimonio humilde de la verdad. No hay que olvidar que no somos maestros de nadie, que somos discípulos de Jesús y que compartimos el sufrimiento de todos desde la propia cruz, caminado, eso sí, con la esperanza cierta de la resurrección. Y el Maestro nos pide construir interiormente y luchar, como Él, desarmados de toda maldad, porque si no ¿de qué nos servirá a todos tanta teología y filosofía, tanta ciencia médica y económica, si no sabemos renunciar a hacernos daño unos a otros y no aprendemos a hacernos el bien? Esta es la renuncia y la llamada que Jesús, el Maestro, hace a todos los hombres. En ella se resume todo lo que de verdad significa ser o no ser discípulo suyo.